

EL MONTE DE LAS OLIVAS



ORACIÓN EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ.—
HERMOSO GRUPO QUE SALE EN LA PROCESIÓN DEL VIERNES SANTO POR LA MAÑANA.

La luna descorriendo el oscuro velo de la noche en su paradójico andar aumentaba la negrura de la silueta que los olivos proyectan sobre plateada alfombra acá y acullá, sin orden ni simetría esparcidos en la falda de la colina; por entre los espacios que la sideral linterna ilumina se ve aparecer y esconderse un misterioso grupo que, con lento y solemne paso avanzando, subiendo va por el monte y sostiene animada al par que sigilosamente callada conversación: «Deteneos aquí hasta que me aparte poco más allá a orar». A este majestático imperio de sublime autoridad revestido, detiéndose los tres discípulos; el Maestro se retira pensativo, y camina lentamente a ocultarse en la espesura donde el lunar resplandor no distraiga aquella mente que un tropel de los más encontrados pensamientos asaltaba: se detiene, levanta al ennegrecido cielo sus macilentos ojos, levantando su mano para apartar la lengua y poblada cabellera na nazareno, siente que un fuego interno como de elevada fiebre irradia de aquella frente augusta; suspira, nótase desfallecer, pone su mano sobre el corazón que salta dentro del recinto de su pecho como queriendo romper la cárcel que le encierra y abandonándole las fuerzas bastantes para sostener erguida aquella noble, valiente, esforzada y sublime humana majestad, póstrase en tierra, lanza un profundísimo suspiro para ingerir el aire que refrigere el horno que inflamando su pecho le ahoga; muévense sus labios «Padre! si es posible, pase de mí este caliz» dice.

Dulcemente resonaría a los oídos de Jehová este nombre ¡Padre! El Hijo en medio de las penas y torturas del alma enamorada de la Humanidad prevaricadora, dormida y a la vez intrigante, perseguido por dos implacables enemigos que sin cesar le acosan, el amor y la ingratitud, prisionero de esos dos poderosos e insaciables verdugos, demanda fortaleza ¿a quien? está solo, solo con su espíritu que ve más allá de los siglos, solo con su amor infinito que le destroza y censura,... llama a sus amigos, los busca y los encuentra... dormidos: la amistad indiferente a tanto sufrir y a dolor tanto, descuidase y duerme haciendo baldías las protestas de sinceridad; (¡siempre fué la hipocresía, la roña y la miseria de la verdadera amistad!)

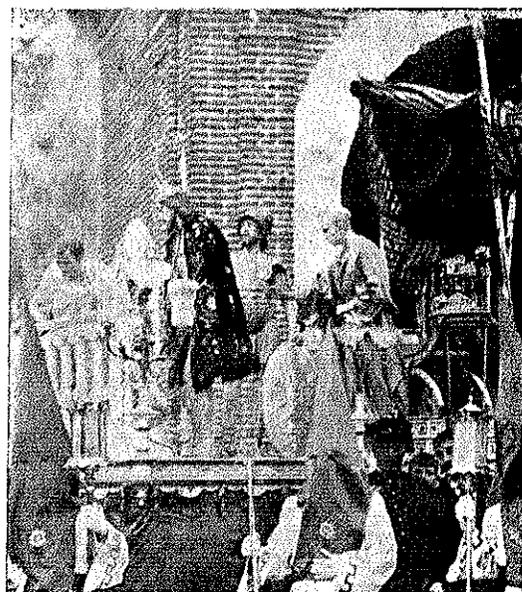
Convencido el Maestro de la humana debilidad, vuelve de nuevo a su Padre, le llama, demanda su auxilio, sufre y tanto, que, fuerte el amor como la muerte, cayendo desfallecido en tierra, rompe la sangre los diques que la aprisionan, no existe presión bastante a contenerla en su sistema vascular y mezclada con un copioso sudar, corre a hilos por el semblante hasta caer en gotas a tierra que parece, al alumbrarse con la fosforescente luz de la luna, sembrada de negros azabaches, y sería un pensil engarzado de rubies si el sol ardiente la iluminara,... «No se haga mi voluntad, oh Padre mío, la tuya ha de cumplirse», sentencia que pronunciada por el Hombre-Dios, rompe el oscuro cielo, y un rayo de luz ilumina aquel sangrante rostro.... del cielo roto escápase un ángel a confortar al Señor-victima....

Han pasado veinte siglos,... la humana amistad se durmió... Dios no vive solo,... los ángeles del cielo y los de la tierra le sirven... hay también ángeles en la tierra... allí alrededor del Tabernáculo están..., sobre él se eleva la cruz... es el monte simbólico de la paz, donde se besaron las delicias del cielo y las miserias de la tierra... el monte de las olivas simbólicas tiene por cónjinas los siglos....

ALFONSO PEDRERO.

Ciudad Real, Semana Santa, 1919

Cañónigo.



ECCE HOMO.—ESCENA CONMEMORATIVA DE LA PASIÓN, QUE FIGURA EN LA PROCESIÓN DE LA TARDE DEL JUEVES SANTO.